

EL CORREO DE LA MODA.

Suplemento al Núm. 658.



REVISTA DE MODAS.

Los viajes, los baños, y últimamente la caza, absorben tan por completo la atención, que la Moda parece enteramente olvidada por el mundo elegante masculino, y verdaderamente sería ya fuera de tiempo el entretener á nuestros lectores con modelos de trajes de verano, cuya estación terminará con este mes.

Felizmente podemos ofrecerles en el figurin que repartimos hoy alguna muestra de las novedades del Otoño, y anticiparles la noticia de que en la estación próxima aparecerán graciosas creaciones de la Moda, que les presentaremos oportunamente. Nuestras relaciones directas en París, Berlín y Londres, y los datos que nos suministra el ilustrado director del *Progrés*, cuyos figurines repartimos, nos tienen al corriente de las Modas que disfrutan el favor de la sociedad de buen tono.

Comenzaremos hoy nuestra tarea de actualidad con los detalles del distinguido chaquet á la francesa, que representa la primera figura de nuestro figurin de hoy, cuyo patron repartimos tambien con este número.

El cuello de este chaquet es bajo de pié, con cuatro centímetros de ancho en su vuelta. El talle pasa dos centímetros de la cadera, y un poco estrecho el bajo de la espalda, señala graciosamente la cintura.

El faldon tiene por la espalda treinta centímetros de largo; es decir, que llega hasta la mitad del muslo aproximadamente: el delantero y el faldon están unidos, formando pieza separada el costadillo, como se hace en los chaquets de vestir. El cuerpo es ajustado, sin que entalle precisamente. Las solapas tienen ocho centímetros de ancho, son cuadradas y doblan solo hasta el segundo ojal: los picos del cuello no tienen mas que cinco centímetros de

Núm. 135.

ancho, y son tambien cuadrados. Los delanteros llevan una sola carrera de botones, de los que solo se echa el que sujeta el bajo de las solapas, de manera que el delantero queda libre, continuándose por el faldon, que muy redondeado de adelante deja completamente descubierto el pantalon. La hombrera es ancha, la pegadura de la manga escasa, lo cual, dando amplitud al hombro, hace aparecer el talle mas delgado. Este género de corte, algo parecido al de un vestido de amazona, es nuevo, como nuestros lectores observarán fijándose en el patron. La manga es ancha por igual, y lleva la vuelta simulada por un picado. Una cartera ancha cubre el bolsillo del faldon, y otra mas pequeña el del pecho, colocado al lado izquierdo. Esta prenda puede ir galoneada ó adornada de un picado doble en todas sus orillas.

Como traje de capricho, á propósito para campo y conclusion de la temporada de baños, se lleva la marina ó *saute-embarque*, que representa la figura cuarta del figurin. Es una prenda tan cómoda como graciosa, y que conviene á todas las edades: viene á ser verdaderamente el chaquet corto con tres costuras en la espalda. Su cuello es bajo de pié, con cuatro centímetros de ancho en su vuelta. El cuerpo, regularmente ajustado, está separado del faldon; está muy redondeado por delante, apenas llega por detrás á la mitad del muslo, con una abertura de seis centímetros en el bajo. Los delanteros forman una gran vuelta, pues están cortados de manera que pueden abotonarse hasta arriba, si se quiere. Las solapas tienen cuatro centímetros de ancho, con la punta redonda, y están forradas de seda: el cuello es de paño y tiene la misma forma y ancho que las solapas. La manga es ancha y sin vuelta. En el medio de cada faldon hay un bolsillo, con su

cartera grande cuadrada ó redondeada, segun la forma del faldon: en el costado izquierdo lleva otro bolsillo pequeño y correspondiente, unos y otros guarnecidos de un galon puesto á caballo, como toda la prenda.

Tanto este chaquet como el anterior se hacen en paño color oscuro.

Como sobretodo de entretiempo se lleva el de tres costuras, que representa las figuras segunda y tercera. Su forma varia poco de lo conocido, y su amplitud es mayor ó menor, segun el gusto del parroquiano: todas sus costuras llevan un doble picado, y además una abertura en el bajo de seis á siete centímetros, la de la mitad de la espalda tiene treinta. Cada uno de los delanteros va adornado de tres bolsillos. Quizá estos detalles varien mañana por el capricho de la Moda, pero en su conjunto estos sobretodos prometen gozar de gran favor en el otoño é invierno próximos. Se llevan en color gris, desde el mas claro al mas oscuro, azul ó avellana.

MANUEL SUAREZ.

Explicacion del Figurin, núm. 201.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO.—*Chaquet á la francesa, de paño oscuro.*

Pantalon de color de café con leche.

Chaleco de la misma tela del chaquet.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—*Sobretodo de paño negro, labrado, con las costuras adornadas de un picado doble, y una abertura en el bajo de cada una, que es mayor en la del centro de la espalda.*

Pantalon gris claro rayado.

FIG. 3.^a TRAJE DE CALLE.—*Sobretodo de paño azul, labrado, de igual forma que el anterior, visto por delante.*

Pantalon gris oscuro, moteado.

FIG. 4.^a TRAJE DE CAPRICHIO.—*Chaquet corto, de playa, de paño oscuro, con las solapas cubiertas de seda negra.*

Chaleco de igual tela.

Pantalon gris perla, moteado.

FIG. 5.^a TRAJE DE CALLE.—*Levita de paño negro, cruzada.*

Sobretodo de paño, color de avellana claro.

Chaleco y pantalon negros.

FIG. 6.^a TRAJE PARA SEÑORA.—*Falda y abrigo de seda verde, labrada, con adornos de cinta encarnada.*

Toca de terciopelo morado, con velo echarpe de gasa lila.

FIG. 7.^a TRAJE PARA NIÑO.—*Vestido completo de paño azul.*

Medias blancas.

Botas de charol negro.

Sombrero encerado azul, con cinta negra.

FIG. 8.^a TRAJE DE LACAYO.—*Casaca de paño color de café con leche, con el cuello, bolsillo y vueltas de manga azules, adornados de galon de oro.*

Calzon azul.

Chaleco carmesí con galon dorado.

Sombrero con escarapela negra y galon de oro.

El patron que acompaña á este número corresponde á la figura 1.^a de nuestro figurin. Este chaquet, de una perfecta elegancia, conviene especialmente á un jóven de buena estatura. Está arreglado para la medida de 48 de pecho y 43 de cintura.

Las piezas de que se compone son las siguientes:

A. Delantero.

B. Espalda.

C. Costadillo.

D. Manga.

E. Cuello.

En el mismo pliego van plantillas, reducidas con exactitud matemática, y son:

F. Pantalon.

G y H. Chaleco.

BLANCA DE CASTILLA.

El cuidado de una buena reputacion ha de ser uno de los primeros y mayores cuidados del hombre, y el que vive en sociedad debe rendirla un sincero homenaje de sumision y deferencia, acatando sus juicios y procurando que las apariencias nunca sirvan de escándalo ajeno, ni puedan poner en duda la santidad de su conducta.

Sin embargo, entre el pusilánime ¿qué dirán? y el cínico ¿qué se me da á mí! hay un medio justo y prudente que debe adoptar el que es sensato.

De espíritus pequeños y mezquinos es amedrentarse por las cosas mas triviales, convertir en fantasmas las sombras mas pequeñas, y consultar siempre los rostros ajenos para arreglar á su movible espresion cada una de sus acciones.

Esos espíritus apocados y excesivamente timoratos, suelen convertirse en seres insignificantes, que si no practican el mal, tampoco son aptos para el bien.

Es preciso que el hombre tenga el valor de sus opiniones cuando las crea justas, y la fé necesaria para caminar derecho hácia el fin que se ha propuesto.

Digno del mayor respeto es el tribunal del mundo, pero encima de este tribunal está el de nuestra conciencia, está el de Dios, que es la justicia misma, y al cual nada se oculta.

Muchas, muchísimas almas nobles y rectas, no han llevado á cabo las buenas obras que debieran por dar oi-

dos á las habillitas del vulgo, por no chocar con ciertos hábitos pueriles, por no oponerse á mezquinas y rancias preocupaciones.

Al mundo se le debe considerar como á un monarca poderoso, y acatarle con la digna reverencia con que acata á su rey el honrado y libre ciudadano, pero no con la servil abyeccion del esclavo, que besa sus cadenas.

El que cumple con sus deberes, el que sigue un camino recto, el que sabe que es noble el fin al cual se dirige, no debe asustarse ni retroceder porque oiga en su derredor los malévolos comentarios de los que no pueden ni quieren comprenderle, así como el marino, fijos los ojos en la brújula salvadora, no se desconcierta ni retrocede, porque oiga el bramido de los vientos, ni el murmurar de las olas que se levantan hasta el cielo.

Se ha dicho que la calumnia siempre deja en pos de sí una mancha indeleble; pero cuando la calumnia carece de todo fundamento, cuando es noble y digna la conducta que se la opone, la palabra maldiciente acaba por resolverse en humo y disiparse en el aire como se disipan en el aire los vapores de la noche, así que el sol muestra sobre el horizonte su faz esplendorosa.

Ninguna mujer en el mundo fué mas combatida por los punzantes dardos de la calumnia, que la insignè D.^a Blanca de Castilla, madre de San Luis, rey de Francia; ninguna ha legado á los siglos posteriores una memoria mas santa é inmaculada.

Murió Luis VIII á los 39 años de edad, dejando á su hijo de 12, bajo la tutela de su esposa, y ésta que, dulce, modesta y sencilla, habia permanecido constantemente alejada de los negocios del Estado y de las turbulencias del mundo, hallóse de pronto con un cetro en la mano, teniendo que gobernar á un pais inquieto, en medio de una corte corrompida y rodeada de Grandes altivos y revoltosos, que creian que bajo el imperio de una débil mujer podrian volver á recobrar su importancia primitiva.

«La regencia de esta princesa, en circunstancias tan difíciles, dicen todos los historiadores á la par, hizo honor á su sexo; fué enérgica y política al mismo tiempo, y dirigia los sucesos con la calma y sábia prevision del que es superior á ellos.»

Supo tener á raya á los turbulentos señores, reprimiendo á los unos con la fuerza; ganando á los otros por medio de la suavidad y la mansedumbre.

Mantuvo la paz interior y exterior, procuró aliviar las cargas de los pueblos, entronizó á la justicia y estirpó con mano firme los abusos.

Pero todo esto no pudo hacerlo sin suscitarse muchos enemigos, que ya que no pudieran esgrimir otras armas para vengarse, esgrimieron las de la detraction y la calumnia.

Tenia Blanca 40 años, y era hermosa todavía. Tibaldo, conde de Champagne, concibió una violenta pasión por ella, y la hizo la corte con una asiduidad indecible. La reina comprendió los inmensos peligros que hubiera podido acarrear á su hijo y al Estado el enemistarse con un señor tan poderoso, y procuró contemporizar con él, sin chocar abiertamente.

¡No necesitó mas pretextos la maledicencia para ensañarse en su honra!

Mas tarde, mostró suma deferencia á los consejos de un legado del Papa, y le admitió en su intimidad, porque así convenia á la política del momento, y aquel fué otro motivo para que la murmuracion se entretuviese en hacer perfidios y odiosos comentarios.

Educaba á su hijo con grande piedad y en los preceptos de la virtud mas severa, y no tardaron en propalar que queria hacer del niño un monje en vez de un rey, con objeto de gobernar en su nombre.

Blanca, puesta toda su esperanza en Dios, teniendo por único guia y juez á su conciencia, cerró los ojos y los oídos á calumnias y consejos, y avanzó intrépidamente en su camino.

«No ha habido otra reina, dice un historiador contemporáneo suyo, que tan indiferente se mostrase á las necias habillitas del vulgo, pero los suecos la justificaron mucho mas que cuantas medidas hubiera podido tomar para imponerles silencio.»

Sus detractores reservaron, sin embargo, á su vejez la mas envenenada de todas sus saetas.

Luis IX se casó muy jóven, y temiendo Blanca que los caprichos de una esposa, jóven tambien é inesperta, le desviasen de la senda de las virtudes, procuró intervenir algun tanto en el matrimonio, guiándolos á ambos con sus prudentes consejos, de lo cual tomaron ocasion los maldicientes para decir que la madre temia que su nuera llegase á tomar demasiado imperio sobre el corazon de su marido, á quien ella queria sujetar y dominar á su antojo.

Dió cuerpo y fuerza á estas vanas habladurías la ambicion de los grandes, que de su propio acuerdo se dividieron en dos bandos, agrupándose los unos en derredor del jóven Rey y su esposa, y los otros de la Reina madre. De esta division nacieron la saña, la competencia y la envidia, queriendo cada cual hacerse necesario y brillar en primer término en su partido, y valiéndose para ello de las intrigas, de la difamacion y la impostura.

Pronto la paz, inalterable hasta entonces, dejó de reinar en el palacio régio, y la inocente esposa de Luis fué la primera que cayó en el malévolos lazo, enarbolando la bandera funesta de la discordia.

¡Oh! ¡cuántas, cuántas lágrimas debió verter la infortunada Blanca, viendo calumniado su santo afecto de madre; viendo perdidos los afanes de toda su existencia!

Cuentan que una noche, retirada á lo solitario de su estancia, y postrada delante de la imagen de una Virgen dolorosa, exclamaba entre lágrimas y suspiros.—¡Ay de mí ¡ay de mí triste! ¡Pude sufrir con resignacion que me motejáran como mujer, atribuyéndome infames galanteos; pude sufrir que me tildasen como Reina, atribuyéndome ambiciosas miras; pero calumniarme como madre, levantar entre mi hijo y yo una montaña de hielo, ¡oh! esto no puede sufrirlo mi corazon, no, Virgen mia, no puede!

¡Oh, Madre de los que lloran, haz un milagro en mi favor! Tú, que lees en mi alma, haz que él tambien pueda leer toda la pureza, toda la santidad del amor que le profeso!

¿Fué la Virgen la que condujo allí al jóven Rey en hora

tan desusada? ¿Fué la Madre dolorosa la que quiso consolar á otra madre dolorida?

La servidumbre de Blanca aseguró que Luis había llegado hasta su aposento, se había detenido en su dintel, y había vuelto á retirarse enjugándose las lágrimas.

Fuera de esto lo que fuese, lo cierto es que al día siguiente el Rey convidó á su córte para una solemne ceremonia. Cuando los palaciegos estuvieron reunidos en la sala régia, Luis entró revestido con la púrpura real, la corona en la frente, el cetro en la mano, y subió al trono, en compañía de su esposa, ataviada con la misma pompa.

Así que se hubo sentado, mandó llamar á su madre.

Al cabo de pocos instantes, y en medio de los murmullos de los cortesanos, sorprendidos con tan estraña escena, apareció Blanca, vestida de negro, y con el dolor impreso en el semblante.

Venia temerosa de lo que iba á suceder, pero su temor duró solo un momento.

—¡Madre y señora! exclamó el santo Rey con voz conmovida: ¡en vano la malevolencia ha querido turbar la concordia de nuestros corazones! ¡La sabiduría de vuestro gobierno y la excelencia de la educacion que de vos he recibido, me han inspirado una confianza tal en vuestra sabiduría, y una estimacion tan grande por las bellas virtudes que os adornan, que os ruego que me ayudeis á sostener las riendas del gobierno como durante mis juveniles años! Y por esto, la primera manifestacion de mi poder real, he querido que fuese un homenaje de gratitud hácia aquella á quien todo lo debo: ¡la vida del cuerpo y la vida de mi alma!

Dijo Luis, bajó del trono con su esposa, puso en la frente de su madre la diadema, en sus manos el cetro, y la obligó á subir al trono, permaneciendo él y su mujer arrodillados, como los últimos de los vasallos.

¡Dios sabe únicamente cuán inmenso fué el júbilo de Blanca; solo el ángel malo pudo comprender toda la rabia, la confusion y la vergüenza de los burlados cortesanos!

Aquel mentís solemne, dado por el monarca á la calumnia y la impostura, fué tan elocuente, que nunca jamás la maledicencia volvió á empañar el clarísimo nombre de la Reina.

¡Había sembrado virtud en el alma de su hijo, y recogía abundante cosecha de virtudes!

Por lo demás, la educacion que los palaciegos llamaban monaca, no hizo á Luis ni débil ni tirano, porque era devoto sin ser supersticioso. Protegia al clero, pero no se dejaba dominar por él. Respetaba la autoridad de los Sumos Pontífices, pero sabia distinguir entre el sacerdocio y el imperio. Todo el rigor con que le educaron en los principios religiosos, sirvió para hacerle inflexible en los principios de justicia.

La administraba como los Patriarcas antiguos, debajo de una encina que crecía á la puerta de su palacio, y cuya sombra defendía á los clientes de los rayos del sol ó de la lluvia.

Era tan grande la fama de su rectitud, que los señores ingleses, cuando se trató de decidir entre ellos y su Rey,

tomaron por árbitros á San Luis, y se sometieron á su fallo.

La devocion, léjos de apocar su espíritu, no hizo mas que ilustrarle, y de él dimanaban aquellas admirables instituciones civiles, que convirtieron á la Francia en un país poderoso y floreciente.

Sus instrucciones á su hijo Felipe, son un modelo de lo que debe saber un Príncipe.

En una palabra, como Rey, fué un monarca grande, justo y compasivo; como guerrero fué valiente sin jactancia; como ciudadano, buen hijo, buen padre y buen esposo.

¡Bendita la que supo dar un sér de tal valía á la patria!

Luis mereció además el sobrenombre de *Santo* con que le venera la Iglesia, y Blanca, el de la mejor de las reinas, el de la mas prudente y sábia de las madres!

A. G.

AMOR ETERNO.

Todo perece y se consume. Ufana
La flor que al viento su perfume hoy da,
Troçada en polvo y sin olor mañana
El sueño de la muerte dormirá.

Pintado el campo se mostró en Estío
Con el matiz de la dorada mies:
Hoy sin espigas, solitario y frio,
Triste recuerdo de sepulcros es.

La mariposa de lucientes alas
Que vuela de las flores en redor,
Pronto ¡ay! muy pronto perderá sus galas,
Y morirá lo mismo que la flor.

El claro día que en la noche muere,
La noche que en la aurora morirá,
Brisas que halagan, huracan que hiere,
Penas que vienen, y placer que va,

Todo espira del tiempo á los rigores,
Cayendo de las parcas á los piés;
Y lo que ayer lució, rico en primores,
Recuerdo hoy triste de sepulcros es.

Solo del tiempo atajará las iras
El amor que en el pecho guardo yo,
Puro, hermoso, cuál tú que me lo inspiras,
Eterno como el sér que nos formó.

Que amor como el que siento tan profundo
No puede con la vida sucumbir:
¡Mi corazon, cuando abandona el mundo,
Su puro amor se llevará al partir!

A. C. y B.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.
IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14